Cariñitos de

1
233708



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 CTS.

1

233708

47/1505181

Lo que puede una mujer

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

A los cuarenta y siete años D. Cecilio era un señor chiquitín, barrigudo, completamente calvo y, por muchos conceptos, absolutamente feo.

Aquella mañana, según costumbre, Don Cecilio, no bien despertó, llamó a su criado, que entre otras obligaciones tenía la de informarle de cuantos anuncios contra la impotencia y la calvicie publicasen los periódicos.

--¿Qué dice *El Imparcial* de hoy?--preguntó el señor.

Pedro, el ayuda de cámara, repuso:

--Aquí he visto dos noticias interesantes.

--¿Qué es ello? Lée...

Pedro leyó:

»Se acabaron los calvos. El que anda por el mundo llevando sobre los hombros

R. 3224108

una cabeza monda como un queso de bola, es porque le da la gana. Poseo para devolver al cuero cabelludo la lozanía de la mocedad, un secreto admirable y sencillo, que confiaré, mediante la modesta retribución de *veinticinco pesetas*, a cuantas personas vengan a consultarme.

»También curo la *impotencia* por un procedimiento rapidísimo, completamente nuevo, y que en vez de suministrar al enfermo afrodisíacos que, a la larga, siempre son perjudiciales, se limita a desenvolver las fuerzas ocultas y como latentes en el organismo. Precio de esta segunda consulta, *veinticinco pesetas.*

»Dirigirse directamente o por correo, al Doctor Camelo, calle de... número...»

Aunque D. Cecilio llevaba gastado en todas estas tonterías un verdadero capital, no por eso dejó de interesarle aquel anuncio que tantas y tan excelentes cosas prometía. Sin embargo, no quiso tomar resolución ninguna sin conocer previamente la opinión de Pedro, pues él, filósofo a su modo, creía que, en todos los momentos, el «intelectual» debe seguir el parecer del pueblo.

El ayuda de cámara, que conocía las manías de su amo, demostró hallarse encantado con el anuncio.

—Creo—dijo— que el señor debe ir a informarse de lo que haya en ello de cierto.

—¿No sospechas tu que ese doctor Camelo sea un charlatán.

—No, señor.

—¿Quien sabe!... Y, mira, me molestaría que me tomasen el pelo.

—¡Qué mas querría el señor!

—También es verdad...

—De todos modos—agregó Pedro—yo iría: tenga usted presente que ninguna de las medicinas que le receten puede hacerle daño; si acaso, bien...

—Es cierto.

—¿Y quién, por cincuenta pesetillas, no se expone a la agradable posibilidad de tener pelo y amor?

—¡Recajo, discurres bien! hablaste como un oráculo; prepárame la ropa y el baño. Ahora mismo corro en busca de ese doctor, y así saldremos enseguida de dudas.

Pedro, que aprovechaba las ausencias de su amo para arrimarse a la cocinera, no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—¿De qué te ríes, repajolero?—preguntó D. Cecilio a quien la esperanza de volver a ser joven había puesto de buen bumor.

—Pues... pues... de que me hace gracia —repuso ladinamente el ayuda de cámara —el empeño que pone el señor en no ser viejo; y no lo comprendo, porque el señor debía de acordarse de que, a los hombres, el corazón no nos dá mas que disgustos.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—¡Lo sé, melón, pero no importa! Y, como ese doctor Camelo me permita tornar a ser el buen gallo que siempre fuí, prometo darte memorias...

—Muy agradecido... y siempre a la disposición del señor...

D. Cecilio saltó del lecho y, míentras se vestía, vió la hora que señalaba el artístico relojito de bronce colocado sobre la mesita de noche. Eran las nueve y media.

—¿Qué tal tiempo hace?—preguntó.

—Muy hermoso.

—¿Qué traje llevará el señor?

—El del pantalón color café con mucha leche.

—¿Qué botas?

—Las de gamuza gris con palas de charol.

Así vestido y con el bigote cuidadosamente pintado de rubio, don Cecilio se dirigía momentos después en busca del doctor Camelo. Cuando llegó a casa del médico eran las once. Don Cecilio apoyó un timbre.

—¿El doctor Camelo?

—Servidor de usted.

—Beso a usted la mano. Ya me ve usted la cabeza: yo venía a consultar...

—Pase usted.

Penetraron en un despacho lujosamente

amueblado, en el cual las figuras anatómicas y los libros abundaban. El doctor era un hombrecillo pequeño, delgado y símpático, con unos lentes de oro tras los cuales ardían dos ojos azules muy vivos.

—Presumo que usted lo que desea—empezó diciendo Camelo—es recobrar aquella espléndida cabellera juvenil que los placeres y acaso también los sufrimientos, le han quitado...

—Sí, señor.

¿Cuanto tiempo hace que perdió usted el pelo?

—Cinco años.

—¿De resultas quizás de alguna novillada...?

—No; yo creo que se me cayó expontáneamente y por su propia voluntad, aburrido de ver que yo no podía ir ya a ninguna parte.

—¿Cómo? ¿De modo que también está usted impotente?

—Sí, querido Camelo, y a eso vengo, a que me devuelva usted todo lo que esas trapaceras mujeres, que tanto me gustaron, me han robado.

—Pues no se apure usted, amigo mío, porque yo le prometo que de aquí saldrá usted como nuevo. Pero procedamos con orden; empecemos por el pelo. ¿Tiene usted ahí veinticinco pesetas?

Y como don Cecilio le mirase con cierta

sorpresa, como molestado por aquel rasgo de desconfianza, el médico se apresuró a decir;

—No le extrañe a usted mi exigencia: pero como mi remedio es tan vulgar, tan sencillo... y puede adquirirse en cualquiera parte sin necesidad de receta...

—Bien, bien...

D. Cecilio entregó a su interlocutor cinco duros en un billetito que el doctor reconoció y miró al trasluz con gran desenfado. Luego dijo;

—¿Es usted casado?

—No, señor:

—No importa, porque siempre púede usted hallar una amiga o la criada de su casa que le facilite lo que voy a recomendarle. Tenga usted la precaución, todos los días, primero y quince dc cada mes, de frotarse la cabeza con una esponja empapapada en sangre de conejo; si puede ser joven mejor que viejo.

Don Cecilio abrió los ojos desmesuradamente y clavó en el médico una mirada que Camelo sostuvo con aplomo imperturbable.

—¿Y... nada más?—preguntó don Cecilio viendo que su interlocutor permanecía callado.

— Nada más.

—¡Pezones!... !Pues me ha fastidiado usted!

—¿Cómo?

—¡Sí, señor.

—¿Explíquese usted?

--Porque acaba de estafarme veinticinco pesetas· ¡Al diablo se le ocurre decir que la sangre de conejo le da pelo a los calvos!

--Caballero--interrumpió el doctor Camelo con graveded teatral--yo le juro a usted que mi remedio es infalible.

--¿Pero usted cree que yo soy tonto y que me chupo el dedo?--replicó don Cecilio encolerizado.

--¿A qué viene eso?

--A que no es cierto que la sangre que usted dice críe pelo.

--¿Me lo viene usted a decir a mí que soy médico?

--Eso mismo digo yo: «¿Me lo viene usted a decir a mí?» ¿No comprende usted que si lo que usted afirma fuese cierto, tendría yo el estómago como un plumero?

El doctor Camelo se echó a reir.

--¿Qué tienen que ver las narices con los movimientos de la luna?--esclamó--. ¿Acaso un medicamento produce en todas las partes del cuerpo el mismo efecto? Vamos, no sea usted niño. Haga lo que le indico, y pasados dos meses, mándeme la cuenta del peluquero.

Continuaron hablando y al fin quedaron amigos. Después el doctor Camelo, con aquella desvergüenza que en él era un en-

canto, agregó:

--Si me da usted otras veinticinco pesetas, le respondo que eso de la impotencia, por grave que sea, pasará también.

--Dióselas don Cecilio sin rechistar y el médico comenzó un nuevo interrogatorio:

--Echese usted los calzones abajo.

Don Cecilio obedeció y el médico estuvo examinándole todas las partes del cuerpo.

--¿Cuánto tiempo hace que este pobre vigor no se muestra enérgico?

--Cinco o seis años, aproximadamente.

--¿Cómo empezó la atonía?

--Lentamente, pausadamente... agravándose de día en día... como una fuente que va secándose.

--Sí, realmente--repuso el doctor--siento decírselo a usted... pero la verdad es que tiene usted la musculatura bastante estropeada.

De pronto se levantó diciendo «vuelvo enseguida», salió del despacho. Don Cecilio, con los pantalones caídos y puestos alrededor de sus pies como grilletes, permaneció sentado, fumándose un cigarro tranquilamente.

Transcurrieron algunos momentos. Repentinamente la puerta del despacho volvió a abrirse y apareció una joven hermosísima, gruesa y alta, vestida de blanco. Terriblemente impresionado por aquella visión don Cecilio trató de vestirse, pero

ella le tranquilizó con un gesto.

--No se mueva usted--dijo.

--Pero... señora... me halla usted con un traje...

--Lo sabía y por eso he venido.

--¿Ah?

--Yo soy la esposa del doctor Camelo.

--Por muchos años...

--Mi marido me envía para que me cerciore de si realmente los órganos del decaído cuerpo de usted no van a ninguna parte.

Acercóse a don Cecilio y con admirable desenfado de doctora profesional, le besó en la boca, abrazándole por la cabeza y obligándole con aquella vigorosa presión a hundir su nariz en sus lácteas orgullosas y profundas.

Después comenzó a desnudarse. Quitóse la bata y las enaguas, que eran de seda color salmón, y quedó en pantalones y corsé.

--¿Cómo me encuentra usted? -- preguntó.

--Guapísima.

--¿Le gustan a usted mis piernas?

--Muchísimo.

--¿Y mis caderas?

--Son admirables.

--Toque usted, toque usted... ¿Ve usted?... Aquí no hay postizos.

--Efectivamente... tiene usted la carne dura como la piedra.

La joven miró a don Cecilio y notando que la cara del pobre señor permanecía insensible, se la cogió, acariciándola suavemente entre sus dedos finos, terminados por uñas puntiagudas y rosadas. Pero el semblante del enfermo no se inquietó.

—La cosa—dijo la tentadora—va a ser más difícil de lo que mi marido creía; pero no se apure usted: una mujer hermosa y joven puede mucho.

Acabó por quedarse en deshabillé, y una vez así, empezó a adoptar delante de don Cecilio posturas diferentes; y unas veces con las piernas juntas y los brazos cruzados encima de la cabeza, movía el vientre como una bayadera; otras se echaba boca arriba en un diván, aplicando suavemento un dedito en el corazón y poniendo los ojos en blanco como si fuese a morir; otras, en fin, se ponía con las voluptuosas caderas encorvadas, balanceándolas con pausado y lascivo movimiento cual si estuviera imitando el movimiento de las olas.

A cada rato, preguntaba:

—¿No sientes nada?

—Nada...—respondía don Cecilio, lúgubremente, con un desmayo de suprema melancolía.

La bella continuó ejecutando maravillas afrodisíacas, con objeto de reanimar el decaído vigor del enfermo.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

—Realmente, tu organismo es una calamidad, hijo mío; no comprendo cómo te atreves a salir a la calle con semejante carrocería.

Y sin más preámbulos le despidió, acompañándole hasta la puerta.

II

Ya en la calle, caminó largo rato, sin rumbo fijo, por las calles bañadas en sol.

El cielo era azul, tibio y embalsamado el ambiente; las mujeres, medio desnudas, por el calor, llevaban trajes claros. Todo aparecía alegre, vivaz, lleno de luz, como si toda la madre naturaleza se extremeciese con la gozosa vibración de un espasmo estupendo.

Pasaba un tranvía y don Cecilio subió a él, quedándose en pie junto al estribo, porque la experiencia le había demostrado que a los hombres que ocupan ese sitio. las mujeres que suben «al coche de todos», unas veces a drede y otras sin querer, suelen arrimarse demasiado, con bastante frecuencia.

Al pasar por la calle de X, el tranvía se detuvo y subió a él una joven como de treinta años, guapísima, y tan colorada de rostro y tan redonda de pechos e islas ad-

yacentes, que daba glorla verla. Al pasar por delante de don Cecilio, la recién llegada le rozó al abdomen lígeramente. Y ¡cosa extraordinaria! el excelente señor, que momentos antes había permanecido hecho un capón delante de la esposa del doctor Camelo, en esta ocasión, temblaba de pies a cabéza como un azogado. Y era que la *desconocida*, amén de su arrogancia física, tenía unos ojos incomparables, llenos de misterio y de pasión.

Al sentir que algo extraño, enérgico y ardiente, hormigueaba por sus venas. don Cecilio preguntóse con un sobresalto en que a la vez había miedo cerval y vivísimo júbilo:

—¡Dios!... ¿Será posible que esta mujer me embelese y encienda mi pasión?

La joven se había quedado en la plataforma trasera, porque el tranvía iba atiborrado de viajeros, y de modo que su exhuberante parte posterior se apoyaba fuertemente sobre el avanzado cuerpo del bueno de don Cecilio. Y era un círculo grande, redondo, duro y caliente, que esparcía por todo el cuerpo de su vecino un terrible calor.

Y en aquel instante, lleno de prodigio, que el tiempo debía señalar en el libro eternal de los destinos humanos con tinta roja, la energía sin poder ni enjundia, de don Cecilio, se manifestó con asombro,



lentamente.

—¡Lo que puede una mujer que nos gusta de veras!—murmuró don Cecilio, maravillado.

Poco a poco, reverdeciendo sus ya muy pretéritos y muy marchitos laureles de conquistador, el hombre se atrevió a adelantar una pierna, proeurando insinuarse en el ánimo de la desconocida con esta discreta caricia. Ella, cediendo sin duda a un movimiento instintivo, desvió su espléndido edificio disimuladamente. Don Cecilio apretó un poco más. Entonces ella le miró fijamente, de hito en hito,, y la impresión que el marchito galán la produjo no debió ser mala, por cuanto, en vez de continuar poniéndose a la defensiva, empezó a hacer dengues insinuantes y a balancear el globo de un modo, que el exhausto y encorvado cuerpo de don Cecilio (¡oh, poder de los dioses!), se puso enervado y prepotente como un farol.

Ya fuera de sí, don Cecilio se atrevió a interpelarla:

—Joven...

Ella no contestó, ni siquiera se dignó volver los ojos hacia quien hablaba. D. Cecilio repitió:

—Joven...

Y, como pasados algunos segundos, ella no respondiese, él continuó:

—Joven... joven... ¿oye usted?

—¿Es a mí?

—Sí, señorita.

La frialdad embarazosa de los primeros momentos quedaba deshecha, y, por lo visto, la moza ardía en deseos de «meterse en harina», porque contestó campechana:

—¿Qué deseaba usted?

—Saber si va usted muy lejos....

—Sí, señor.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque así estaremos juntos más tiempo,

—¿Y usted qué sabe el rumbo que yo sigo?

—Claro es que no lo sé.

—Entonces. ¿por qué dice usted que estaremos mucho tiempo reunidos?

—Tengo mis razones,

—¿Dónde va usted?

—Donde usted me lleve.

—¡Ah!... Si lo decía usted por eso....

—¡Naturalmente!

—Si era por eso, tenía usted razón.

Animado por el coquetón tiroteo de estas rápidas interrogaciones y respuestas, Don Cecilio continuó buscando con su rodilla exploradora los muslos de la joven.

Ella protestó, aunque sin enfadarse:

—Estese usted quietecito....

—No puedo....

—Es usted demasiado atrevido.

—Se equivoca usted.
—¿Qué es, entonces?
—Que se pasa usted de hermosa
—Comprendo; y el atrevimiento del hombre....
—Usted lo ha dicho: el atrevimiento del hombre se mide por la belleza de la mujer.
—De modo que, si usted es atrevido en demasía....
—Es porque usted es linda y gallarda con exceso.
—¡Bonito modo de argumentar.
--Digo la verdad.
--Es usted muy galante.
--Soy muy sincero.
--¡Adulador!
--¿Cómo se llama usted?
—Alejandra.
—¡Alejandra de mi alma?...
—Estese usted quieto.
—¿Por qué?
—Porque pueden vernos.
—Nadie repara en nosotros.
—Además....
--¿Qué?
--Me ha hecho usted daño.
--¿Dónde?
--En....
--¡No lo diga usted! He comprendido.
--Allí, precisamente, en donde ha de poner los labios.
--¿Le gusta a usted el beso?

--Mucho.
--No me extraña.
--He vivido en Francia bastantes años...
--Entonces me sorprende menos.
--Allí todos los hombres....
--Sí, sí, son muy traviesos....
Ella lanzó una carcajada sonora que obligó al cobrador del tranvía a volver la cabeza.
De pronto el tranvía se detuvo y Alejandra se dispuso a marcharse. D. Cecilio preguntó:
--¿Se baja usted?
--Sí, señor.
--Yo también.... aunque sin perjuicio de bajarme luego.... de la escalera de su casa.
--Es usted atroz; no pierde usted ocasión de decir tonterías.
Caminaban deprisa y cogidos del brazo, como dos viejos amantes.
D. Cecilio, cuyo corazón había readquirido, por modo inexplicable, su terrible ardor de los años mozos, prosiguió diciendo:
--¿Y usted?
--¿Qué?
--Usted también se apea.... aunque no haya tranvía de dónde bajarse?
--También.
—Es usted maravillosa.
--Agradable, nada más.
--¿Pero, cómo, siendo tan jóven, aprendió usted tanto?

—¿No sabe usted que he andado por París mucho tiempo?

—Es cierto. ¡Viva Francia!

—¡Viva!

—Por lo que va desprendiéndose de nuestra conversación, los dos somos iguales.

—Igualitos.... solo que.... por nuestro sexo, somos totalmente diferentes. Yo soy mujer; usted, hombre....

—Eso no importa.

—¿No?...

—No. Verá usted: reduzcamos la cuestión a números....

—Adivino lo que sigue.

—Yo, por ejemplo, soy un número.

—Y yo, otro número.

—Nos juntamos.

—¡Y formamos una cantidad!

—¡Que es el delirio!

—¿A todas éstas, qué hora tenemos?

D. Cecílio, que iba rojo de pasión y de alegría, consultó su reloj.

—Las cinco—dijo—y yo no he almorzado.

—Yo tampoco.

—¡Qué casualidad! Entraremos en el primer café que encontremos.

—Mejor estaremos en mi casa.

—¿Vive usted sola?

Sí.

—Entonces tiene usted razón. ¡Vamos a

ella!...

Tomaron un coche, con objeto de llegar más pronto, y allí mismo, dentro del «simón» modestísimo, comenzó el jaleíto.

Dón Cecilio hizo que Alejandra se le sentase sobre sus rodillas, y cogiéndole las manos por debajo de la cintura, comenzó a darla besitos ¡Y qué grande era su amor! ¡Qué rico, qué dulce!... Baste saber, para su elogio, que al cascado don Cecilio, que no besaba a una mujer hacía muchos años, se sintió apasionado como un estudiante, y que lejos de desanimarse con el ajetreo del coche, continuó engallado y apercibído a manifestarse enamorado invencible.

Una vez en casa de Alejandra, la orgia continuó, los dos trasegaron y comieron abundantemente, y luego de echar en piropos y frases diferentes su mejor repertorio galante, don Cecilio cogió a la joven para darla un fuerte abrazo. Se hallaban récostados en un amplio diván muy blando que olía a jazmines.. Al comprender las intenciones de su amigo, Alejandra echó el cuerpo hacia adelante, con objeto de quebrar el talle, y don Cecilio, abriendo los brazos, convulsos y amorosos, comenzó a recordar sus buenos tiempos adorando aquel cuerpo verdaderamente hermoso. A lo largo del delicioso busto, la mano tentadora avanzaba y retrocedía con un estudiado tecleo, que ponía acicates de fuego a

la pasión.

—¿Te enfadas—preguntó el galán.

—No, dueño.

—¿Te gusta?

—Muchísimo, rico mío.

--¿Pero te agradará más tomar los besos de un jovenzuelo.

--Me es igual ¿Olvidaste que he sido vecina de París?

--Tienes razón mujer.

Y repitió lleno de agradecimiento hacia la gloriosa república vecina:

--¡Viva Francia!...

Extenuados por el cansancio y algo embriagados por los repetidos copeos de licores variados y ricos, y después de vaciar dos botellas de champán de la mejor marca, Alejandra se quedó dormida boca abajo, y don Cecilio hecho un ovillo a su lado con su monda cabeza recostada muellemente sobre la ebúrnea y torneada espalda de su adorada. Así estuvieron más de cuatro horas seguidas sin despertar, y aquel sueño benéfico y reparador, les devolvió todas sus energías. Cuando don Cecilio despertó, se encontró con que su pasión (¡oh, maravilla!) había tornado hablarle al oído fuertemente y empezó a dirigir palabritas dulces a su amada.

--¿Pero, Serrano--exclamó Alejandra--tú, a pesar de tus años, eres incansable y fuerte como el roble?

—Eso es ahora; pero, ¡si tu supieras!

—¿Que?

—¡Que he perdido la cuenta de los años que hace que no me divertía tanto! Lo que en parte viene a demostrar hermosa mía, que buena parte de la gallardía de los hombres depende de la gracia y hermosura de la mujer que tengan al lado.

Alejandra, aunque bohemia, no olvidaba su negocio.

—¿Supongo que este buen rato me valdrá una recompensa?

—Nada más justo.

—¿Cuánto?

--Lo que tu indiques.

--¿Cien pesetas?

D. Cecilio reflexionó un momento,

--No,--repuso-- cien pesetas no es nada. Te dare doscientas... y, aun es poco, si tenemos presentes los diez duros que he dado por dejarme tomar el pelo,

--Añade cincuenta pesetas más-- exclamó jovialmente Alejandra-- y esta noche ceno contigo.

--¡Ya son tuyas!

Ella se puso delante del tocador y se acicaló, perfumó y empolvó el rostro hermoso y se dió colorete en los divinos labios. D. Cecilio se la miraba embobado, sin apartar los ojos de tantas bellezas reunidas,

Alejandra era, en verdad, una moza gua-

písima: tenía los ojos negros, grandes y rasgados; la nariz firme y pequeñita; los labios menuditos, carnosos y rojos como el coral, que convidaban perpétuamente a ser besados; sus dientecitos finos iguales y blancos, asomaban siempre por entre los purpúreos labios, sonrientes de continuo. El cuerpo era esbelto y gallardo como la cimbreante palmera; el seno alto, duro y tentador por demás, coronados en sus cúspides por dos sonrosados botoncitos diablescos y titilantes, verdaderamente adorables y besables. El pelo negro como el azabache; los muslos, fuertes, duros y sonrosados, como dos columnas primorosamente cinceladas, servían de sostén a aquel gracioso cuerpo de belleza tanta y gracia sin fin.

Por fin concluye su tocado y salieron nuevamente a la calle cogidos del brazo, dispuestos a divertirse de lo lindo.

III

Una tarde el doctor Camelo, cuyo anuncio continuaba saliendo en la prensa diaria. recibió la visita de D. Cecilio. Al ver a su antiguo cliente, el cínico charlatán tuvo un ademán de recelo.

—No se alarme usted—exclamó D. Cecilio, que estaba de muy alegre humor—por-

que no vengo a reñir con usted.

Camelo recobró su aplomo.

—¿Viene usted, acaso—a darme las gracias por mis prescripciones facultativas?

—Tampoco.

—No caigo, pues...

—Vengo a darle a usted un consejo.

—Vsted dirá.

—Que, si quiere usted curar la *impotencia*, es necesario que ponga usted a la disposición del público una mujer mas guapa que la suya.

—¿Cree usted?

—Creo—repuso D. Cecilio con aire de convicción inquebrantable—que las enfermedades no pueden combatirse ventajosamente con malos medicamentos.

—Discurre usted bien...

—Tanto que, si yo alguna vez llegase a tener que vivir de la medicina, *como usted*, la mujer que colaborase conmigo, sería pistonuda. La mitad del prestigio del curandero. amigo mío, está en la botica.

¡Y, lo que son las volteretas del mundo, lector!

D. Cecilio, a quien conocimos rico, se arruinó pocos años después y hubiese muerto de hambre o de tristeza en algún hospital, si la generosa Alejandra no le hubiese recogido.

Actualmente, Alejandra se anuncia en los periódicos del siguiente modo;

«Joven hermosa cura las impotencias mas rebeldes en el acto. Precio de la consulta: 25 pesetas.

Y, como los clientes no faltan, D. Cecilio vive feliz.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.-Suspiros tiernos.-Fiebre de amor.-La mujer del prójimo.-Goces supremos.-Picardías de novios.-Horas placenteras.-Cariñitos de mujer.-

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bulliciosa de la juventud.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

Editorial AURORA.-Barcelona